
NUESTRA SEÑORA DE LA CORREA,

Ó DE LA CONSOLACION.

Cingulo tuo confortabo eum.
Le adornaré con tu cinturón.
(ISAÍ. XXII, 21.)

Siempre ha sido la inconsecuencia la gran lógica de todas las escuelas del error. Y por cierto que el filosofismo de nuestro siglo, á pesar de su progreso continuo y de su ilustracion tan cacareados, nada ha adelantado en este particular. Pero ¿cómo había de adelantar, si falto de fijeza y solidez en sus principios al igual que las demás sectas falsas, es imposible que no bambolee á todo viento de doctrina? Jactancioso en reputarse él solo el regenerador de la sociedad, el civilizador del humano linaje, la gran ciencia del hombre, que le enseña sus derechos y sus deberes, que le ilustra y le ampara, que se amolda, digámoslo así, á todas las exigencias de su naturaleza, en sus producciones no hace alarde sinó de su humanismo y de la conformidad de sus preceptos con las inclinaciones de aquél. Las nuevas bases sobre que ha fundado la instruccion de los pueblos, el diverso giro que ha dado á las artes, hasta los más ridiculos caprichos de la moda, todo en sentir de él ha sido para simpatizar con una naturaleza, que si bien dotada de un espíritu racional, éste no recibe las impresiones sinó por órganos corpóreos, materiales, á los que únicamente afecta lo positivo y palpable. Así es, que cuanto atañe á los sentidos, y en estos tiene su término, le merece aprobacion y aplauso: un monumento alzado á lo que él llama heroismo, una prenda que recuerde afecto ó proteccion, un distintivo cualquiera, aún cuando sea un despreciable cintajo, que signifique recompensa ó concordia, todo es para el mismo muy conforme á lo que requiere el sér humano. Pero

habladle á este nuestro humanitario filosofismo de esas propias demostraciones materiales, de análogos objetos sensibles, pero que dicen relacion con las creencias religiosas, entónces todo es fanatismo, todo es preocupacion, todo son resabios de los tiempos de la ignorancia: y los rosarios, y las correas ó cingulos, y los escapularios, y las medallas, y las bendiciones de las candelas, de los vestidos, de los alimentos, todo son vanas supersticiones impropias de una sociedad ilustrada.....

¿Dónde está tu dialéctica, solo por antífrasis llamada filosofia? Con todo el peso de su infalibilidad gravita tambien sobre tí la sentencia del oráculo divino: «la iniquidad se ha mentido á sí misma.» Contra toda razon te arrogas tú lo que es propiedad exclusiva del catolicismo, y que en él pretendes ridiculizar. Solo esta religion de la humanidad es la que, conociendo á fondo á los individuos de ella, se adapta á sus instintos, á sus propensiones, mientras permanecen en la línea del deber. Sabedora de que el hombre, además de un alma espiritual consta de un cuerpo orgánico, por medio del cual son transmitidas á aquélla todas las especies ó ideas, se vale de lo material y sensible para poner en accion las facultades de la misma. Y ora le presenta un pedazo de estameña, como sarcásticamente lo nombran tus adeptos, para recordarle la fineza de una madre bondadosa; ora una correa ó un cordón como símbolo de confianza, como garante del auxilio que del Cielo puede prometerse. Con efecto, oyentes, y para concretarnos al signo bendito que motiva la presente fiesta, prueba es de las piedades de María para con sus hijos adoptivos la correa, dicha de San Agustín; una prenda es, que asegura á los que la ciñen del patrocinio y favor de la más amante y poderosa de las madres. Bajo el título de la Consolacion ha querido Dios que sea conocida María en la simbolizacion de la correa para denotar, que por medio de ésta hallaría el pueblo fiel consuelo, ayuda, confortacion. Ved aquí la idea de mi discurso.

Soberana Consoladora en la afliccion. ¿á quién mejor que á vuestra clemencia puedo recurrir en el empeño en que me hallo? Acogedme bajo vuestro manto maternal, dad fervor á mis palabras, unción á mis acentos, á todas mis expresiones la eficacia y el poder de la gracia: A. M.

Desde la cuna del mundo, en que rebelde el primer hombre á la voluntad de un Dios, osára desentenderse de sus inviolables mandatos, precipitándose de aquí en una sima de males, ha brillado para el

frágil mortal un signo de consuelo y esperanza, que le ha sostenido en medio de su infortunada suerte. El que es rico en misericordias, y cuya justicia se halla equiparada en inmensidad con su clemencia, ha dispuesto en todos tiempos, que un recuerdo viviente de su piedad hácia el hombre detuviese el brazo de su infinito rigor contra las ingraticudes del mismo. La promesa de un Reparador, que aplastaría la cabeza de la diabólica serpiente, hecha á Adán; el arco de la alianza, que debía aparecer en las nubes como simbolo de la jurada entre el Criador y su criatura, asegurado á Noé; la palabra dada al padre de los creyentes, de que de su descendencia había de nacer el Mesías; la columna de fuego que guía á los hijos de Israel; la serpiente de bronce, á cuyo aspecto recobran la salud los emponzoñados por las víboras del desierto; el Arca del testamento con los emblemas que encierra, y mil otras figuras, son entre el pueblo de Dios un argumento de la benignidad de éste para con sus escogidos, y un motivo de confianza para los mismos en lo inagotable de aquélla.

Y si en la época de las sombras y de los enigmas tan radiantes se manifestaban las pruebas de las bondades divinas á favor de la mísera tierra; ¿después que el velo del templo se rasgára para descubrir los secretos, después que á la pintura sucediera el original, á las tinieblas la luz, habían de ser ménos relucientes los testimonios, los rasgos ménos admirables? No por cierto. Y aquí están que lo dicen esta sacrosanta efigie, que nos recuerda un Dios muerto en un madero por nuestro amor; esa augusta víctima, que en memoria de un sacrificio cruento va á ser incruentamente inmolada sobre el altar en prenda de bondad y fineza. Y si esto no basta, aquí está María, que es la razón más convincente para el que todavía dude; que es el más seguro garante para el tímido y desconfiado. Efectivamente; el Unigénito del Eterno, si bien hermano nuestro por haber tomado nuestra naturaleza; si bien nuestro padre, que nos engendrara á costa de su vida, y que nos alimenta con su propia carne y sangre, con todo, es el supremo Juez de vivos y muertos, y al igual de Aquel de quien es hijo, es un Dios celoso, vengador de su honra, cuyas palabras de ira son encendidos carbones en frase del Salmista, y á cuyo grito de furor se estremecen los polos del universo y se derriten como cera las montañas. Por eso se nos ha dado una Madre, toda condescendencia y ternura, toda misericordia y compasión; por eso tenemos á María, bajo cuyo manto podemos acogernos en nuestros apuros. Ella, lejos de hacérsenos esquivar, nos busca, nos sale al encuentro, y como á pesar nuestro se afana para socorrernos y ampararnos. A

fin de que cobremos ánimo y nos acerquemos con franqueza á sus brazos, que nos los abre para protegernos, nos reitera con nuevas dádivas las pruebas de su amor maternal; multiplica los testimonios de su piedad hácia nuestra miseria. Ora quiere que su escapulario puesto como una señal sobre el corazón, sirva de prenda de cariño al mismo tiempo que de garante de seguridad; ora que su rosario sea nuestro escudo en los combates del Infierno, á la par que la amorosa memoria de su ternura entrañable. Y como si desease tenernos siempre atados á Ella para que nadie nos robe á su amor, ó bien nosotros, ingratos, no le huyamos, nos ciñe con su correa, vinculando en la misma todo el tesoro de su fineza y liberalidad.

En oración se hallaba la esclarecida madre de S. Agustín, pidiendo fervorosa á la Soberana Señora de Cielos y tierra que se dignase darle á conocer el traje que vestía después de la muerte de su Hijo, á fin de que ella en su viudez pudiese usar de igual. Aparécele benigna la que es toda misericordia, con negra saya y una correa ceñida en la cintura, revelando á su querida sierva, ser aquella la forma con que debía vestir si imitarla quería en su orfandad y desconsuelo. Ciñe Mónica la misteriosa correa y siguen su ejemplo sus tres hijas. Su hijo no se cuida de ella por entonces, que aún se halla engolfado en el turbulento océano de sus errores y vicios; pero apenas sobre la blanca túnica de catecúmeno viste el hábito negro de penitencia, circunda su cintura la correa, la correa que es después el distintivo de su numerosa prole, el comun cuartel heráldico, digámoslo así, que estampan en sus blasones, en reconocimiento de su prosapia ó descendencia, los varios institutos religiosos que siguen la Regla del ilustre doctor de la Iglesia.

Ved aquí pues, hoy el origen del venerable cinturón que se pone á los cofrades de Nuestra Señora del Consuelo. A María se debe el invento; su asenso á que Mónica y sus hijos vistiesen como Ella produjo la causa. ¿Y si de María es la correa que ceñimos, podremos dudar de que por su respeto se nos concederán todo género de beneficios? Cuenta la tradición, que al dirigirse la Madre de Jesús con su Hijo y esposo por las soledades del desierto hácia Egipto, huyendo de la persecución de Herodes, se encontró con una banda de foragidos, uno de los cuales, movido de lástima de aquella prófuga familia, inclinó los corazones de los demás á favor de su desgracia. Añaden Clemente alejandrino y S. Cirilo jerosolimitano, que María, en agradecimiento á aquel rasgo de humanidad dió al caritativo bandolero su cinturón, en credencial de la salvación que le prometiera. ¡Cuántos

teneis la dicha de poseer y ceñiros con la correa de María! Aquí teneis un ejemplo de lo que debeis esperar por virtud de este precioso cingulo. En las manos de un salteador se pone para asegurarle su eterna salud; y ¿en vuestra cintura nada significaría? ¿ningun recuerdo simbolizará de benevolencia y proteccion? Para adorno y gallardía, para ejercicios de valor y destreza suele comunmente hacerse uso del cinturón. Apriétanlo la vanidad y el lujo, cuando quieren hacer pompa de sus encantos: ciñelo el guerrero, colgando de él sus armas: se lo estrecha el adalid, que á brazo partido ha de combatir en la arena: el otro, que en dilatada carrera debe ostentar su agilidad; aquel, que en sus violentas contorsiones de cuerpo desea reportar la corona; para todas las fuerzas físicas, en fin, acostúmbrase á comprimir la cintura. Adorno es de nuestra alma la pureza: ella es la joya más rica que nos atrae los embelesos de Dios y de los hombres; ella nos da las gracias de una forma angelical. Grandes, continuos son los esfuerzos á que nos vemos precisados miéntras permanecemos en este campo de lucha y de triunfos. Armados están y aguerridos son los enemigos espirituales con quienes hemos de pelear, ora con el auxilio de una visible proteccion divina, ora como cuerpo á cuerpo, sintiéndonos abandonados al parecer del Cielo y dejados á nuestra propia debilidad. Lejana está la meta á la que debemos arribar, y mucho nos toca correr si ambicionamos la victoria: varias y no pocas son las violencias en que debemos ejercitarnos ántes de que el laurel prometido al vencedor corone nuestra frente. Ahora bien: en señal de pureza ciñen los cofrades de Nuestra Señora de la Consolacion la correa de María. «Recibe, se dice á cada uno de ellos al poner en su cintura el inmaculado cingulo, recibe la correa sobre tus lomos, á fin de que ellos estén ceñidos en signo de templanza y castidad.» Símbolo es tambien ella de ayuda en las lides y penalidades á que debemos adiestrarnos. Pero he pronunciado símbolo, he dicho poco: la correa de María es más que símbolo, es como una culebra, que encierra, ya no el corruptible oro y la perecedera plata, sino toda clase de consuelos y de dichas, de alivios y de prosperidades.

¡Oh, si el tiempo me permitiese presentar á vuestra vista, aunque no fuese más que en miniatura, los favores de toda especie que por atencion de su correa ha dispensado María á sus devotos que la han ceñido! Condenado á muerte con sus fechorias se hallaba el famoso Pablo Catinense, temible corsario de los mares de Venecia; cinturado de María invoca á Ella en su angustioso trance, tomando en sus manos la correa y prometiendo mudanza de vida: librale milagrosamente

de la muerte y de la infamia la Madre de la Consolacion, y él agradecido y fiel se entrega á la práctica de las virtudes. Era el terror y el estrago de los alrededores de Roma en tiempo de Pascual, papa primero de este nombre, un monstruoso dragon, que el Infierno había vomitado para guarda de los nefandos despojos mortales del más cruel y sanguinario de los hombres. En vano apura el piadoso pontífice remedios de todo género: acude, por fin, á la correa de María por inspiracion de la misma Consoladora de los afligidos, dirígese procesionalmente al lugar del sepulcro de Neron, el que la estancia de multitud de demonios había convertido en otro averno; huyen precipitados, atronando los aires con aullidos espantosos los espíritus malignos á vista del cinturón sagrado, con el que es atada la bestia voraz y conducida á la ciudad, á la manera que un manso cordero. Al contacto de la correa prodigiosa en los lomos de Zoa, esposa del emperador Leon, dejan igualmente los ángeles de las tinieblas á esta princesa, de cuyo cuerpo posesionados la atormentaban crudamente. La correa de María es la única atadura que queda sin romperse sosteniendo el áncora, cuando la furia de los vientos y la violencia de las desencadenadas olas troncha en mil partes las maromas más fuertes, en la horrorosa tempestad que sufriera un buque en el Adriático golfo. Al ceñidor invencible debe Gisberto, conde de Inspruch, la derrota de las huestes bárbaras que tenian ya sitiada la capital de sus estados. Mas ¿qué es lo que hago? ¿Pretendo tal vez referir uno por uno todos los beneficios con que María ha auxiliado á los que en sus necesidades han acudido al valimiento de su poderosa correa? Es empeño punto ménos que imposible. La correa de María ha sido siempre una panacea universal, un alivio comun en todo linaje de dolencias y de calamidades. En manos de la beata Melania libra de la muerte á una mujer en el parto; en las de S. Juan Facundo resuscita un muerto en España; en el costado de un sacerdote le preserva en Forli de un arcabuzazo que contra él dispara su enemigo: ella hace renacer la paz, la armonía, el amor entre los matrimonios: ella aplaca la ira de Dios, conteniendo el ímpetu del embravecido mar, que en venganza de las divinas ofensas amenazaba engullir la delincuente ciudad de Pola en los dominios de la veneciana república. Digámoslo en pocas palabras cuanto decirse puede de ella. La correa de María es una mina inagotable de concesiones y gracias; es la llave que nos franquea la entrada á la eterna beatitud.

Sí, oyentes, y en ello está su gran excelencia, preciosidad incomparable. ¿Qué le aprovechará al hombre hacerse dueño de todo el

mundo si perdiese su alma, claman los oráculos divinos? ¿De qué nos servirían á nosotros todas las mercedes de la milagrosa correa, si en lo que más nos interesa no hallásemos una garantía de seguridad, ó á lo ménos de sólida confianza? Pero no, el cingulo de María no es solo la vara de Moisés que brota prodigios en el Egipto de este mundo, y en el desierto de la vida deleznable que atravesamos; á su aspecto, cual en la toma de Jericó el del Arca de la alianza, y á su voz, al igual del eco de las trompas de los levitas y de los gritos de los hijos de Israel, se abre libre y anchurosa puerta á la tierra de promision. La Iglesia, árbitra suprema de atar y desatar en el tiempo lo que atado ó desatado debe quedar en la eternidad, ha depositado en ella todo el tesoro de sus riquezas. No hay mes en el año, en que quien la lleva ceñida no pueda ganar un sin número de indulgencias; ni un solo día existe en el mes durante el que se halle cerrada para el cinturado esta abundante fuente de gracias.

Esos son pues, oyentes, los inmensos beneficios que, como en un manantial sin fondo, siempre rebotante, accesible siempre á todo el mundo, ha puesto el Todopoderoso en la correa de S. Agustin. Recuerdo de la que ciñera María, esta bondadosa Madre le ha alcanzado aquella virtud prodigiosa que del contacto de su sacratísimo cuerpo recibieron todos sus vestidos. Prenda de la ternura y misericordia hácia el nombre de la Consoladora de los infelices, ella ha impetrado de Dios que su correa fuese la salud de los enfermos, la vida de los que la perdieran, la salvacion de los pecadores, un lugar de asilo, un puerto de refugio, una señal de amparo y patrocinio para tribulaciones, pesares, infortunios y conflictos de toda especie y de toda magnitud. María ha alcanzado, por fin, de Aquel, que no quiere la muerte del culpable, sinó que se convierta y viva, que en el ceñimiento de su correa hallen sus devotos el perdon de las penas que deberían purgar en el otro mundo, á fin de que nada les impida despues de su muerte la pronta y expedita entrada á la mansion de la gloria perdurable. Venga ahora un siglo presumido de sábio, á zumbarse de estas señales de devocion y piedad que usan los fieles; jáctese impiamente de haber ilustrado sobre este particular á la gente ignorante, que ya no se cuida de escapularios, ni de correas, ni de rosarios, ni de medallas, que, segun parece, han perdido la virtud de hacer milagros. Yo concederé que en nuestros días de incredulidad y corrupcion no son tan frecuentes los beneficios que, por respecto á tamaños signos de religiosidad, dispensa Dios á los pueblos y á los particulares... Pero ¿qué digo? no, yo no concederé eso jamás. ¿Quién te ha asegurado, oh tú, que así

aguzas tu maldeciente lengua contra esos objetos benditos, quién te ha asegurado de que esas que tú llamas felices casualidades no sean efectos de la divina misericordia en atencion de los mismos? Es indudable que por Dios nada hay casual, y que ni el más insignificante evento sucede sin su permission; ¿qué sabemos, pues, nosotros, si, en su infinita bondad, se ha dignado atender á aquella devocion que el tal individuo ó la tal ciudad profesa al escapulario ó á la correa, para salvarle de la catástrofe que le amagaba? Por cierto que es una anomalía bien incalificable, y una bien vergonzosa inconsecuencia, echar pullas y sarcasmos contra las cofradías ó asociaciones religiosas, y los distintivos benditos que usan sus miembros, cuando una placa, una banda, un toison dán al individuo que con ellos se halla condecorado honores y privilegios sobre los demás. ¿Es decir, que en lo profano serán muy racionales y dignos de respeto ciertas órdenes y aquellos signos que simbolizan valor, mérito, privanza de un soberano, y en lo religioso será fanatismo inscribirse á sociedades de piedad, y usar aquellas señales que nos recuerdan la misericordia y proteccion del Cielo á favor de nuestra mezquindad...?

Dejad á esos extravagantes filosofastros, oyentes, que ni siquiera en sus insulsas diatribas contra la devocion saben tener la habilidad de formar un sofisma que merezca tal nombre. No abandonéis por los insubsistentes dictérios de cuatro descreidos, la piadosa costumbre de llevar sobre vosotros, y hacer llevar á los que dependan de vuestra autoridad, un objeto bendito. Si el militar ostenta con noble orgullo los galones y entorchados, testimonio de su intrepidez en los combates y de la munificencia del monarca, ¿por qué habremos nosotros de avergonzarnos en hacer gala de lo que es una prueba de nuestra religiosidad, y del acendrado afecto que nos profesa la Emperatriz de todos los soberanos? No cejeis, no, en vuestro fervor, cofrades de la Virgen de la Consolacion, no os desprendais de la prodigiosa correa de María; considerad que María tiene un cabo de ella, y que si el otro está en vuestras manos, sereis guiados con seguridad por el intrincado laberinto de esta vida complicada de sucesos, é introducidos salvos á la region donde no se conoce ni la desdicha ni la zozobra.

¡Oh consuelo y alegría nuestra! estrechad con Vos por medio de vuestra correa á los cofrades que, en obsequio de vuestras finezas, la ciñen fervorosos y amantes; amparadnos á todos Madre de bondad inefable. Sois el consuelo de los atribulados; llenos de pesadumbre y de amargura nos hallamos en este mundo de penas; sed nuestro

placer, sed nuestro júbilo, sed nuestro gozo y contento, sed el regocijo de nuestras almas. ¡Ah! suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, abogada nuestra, estos vuestros ojos misericordiosos volved hácia nosotros. Y presentadnos despues de este destierro á Jesús, fruto bendito de vuestro vientre. ¡Oh elementísima, oh piadosísima, oh dulcísima Virgen María!

NUESTRA SEÑORA CON EL TÍTULO DE LA CÔRTE DE MARÍA.

*Beati serui tui, qui stant coram te
semper.*

Dichosos tus criados, los cuales
gozan siempre de tu presencia.

(III REG. X, 8.)

Cortesanos, á quienes la opulencia y el fausto, la gloria y el poder detienen en rededor del rey, ó del magnate; hijos del mundo, que tan deliciosas reputais las horas que se pasan al lado de vuestras gracias y hermosuras; vosotros infelices, que á fin de alcanzar un amparo en las necesidades que os apremian, repetis las obsequiosas visitas á quien puede dispensaros proteccion; ¿por qué tan desalados correis trás sombras que se desvanecen? Venid, aquí está la verdadera magnificencia y la grandeza en su apogeo; una belleza divina, que ni la desgracia ni el tiempo marchitan, y sin lunar de ningún género que la afee; una bondad grande cuanto poderosa; acendrada en sus cualidades, infaliblemente eficaz en los efectos. Aquí está María, ante cuyo trono, rodeado de la triple auréola de majestad, santidad y beneficencia, se prosternan sus amantes y servidores para cortejarla con los rendimientos de la veneracion, las protestas del amor y los fervidos acentos de la súplica.

Sí, señores; cortesanos son de la Reina de los Cielos los que la obsequian hoy con tanta pompa y afecto, como para poner el sello á la cordialidad con que la veneran durante el año: cortesanos son de María, ésto es, entusiastas devotos suyos, que unidos en religiosa asociacion y divididos en coros, á la manera que las celestiales jerarquías, hacen la còrte á la Señora del mundo, como la llama el séráfico Buenaventura; visitando cada día uno de los asociados, en representacion del coro á que pertenece, y en nombre de toda la asociacion, la imágen de su Soberana que le cabe en suerte.

Ocúpanse santamente otras piadosas asociaciones en obras de ca-